

## BIBLIOGRAFÍA

- III Informe Anual del Observatorio Estatal de Violencia sobre las Mujeres* (2010), Ministerio de Sanidad Política Social e Igualdad (en línea). [http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=MIGU\\_Publicacion\\_FA&cid=1244651208036&pageid=1244647552644&pagename=MinisterioIgualdad%2FMIGU\\_Publicacion\\_FA%2FMIGU\\_publicacion](http://www.migualdad.es/ss/Satellite?c=MIGU_Publicacion_FA&cid=1244651208036&pageid=1244647552644&pagename=MinisterioIgualdad%2FMIGU_Publicacion_FA%2FMIGU_publicacion), acceso 7 de mayo de 2011.
- Marugán Pintos, Begoña (2009): «Pasando a la acción, feminismos, violencia, institucionalización», en M<sup>a</sup> J. Miranda, M. T. Martín-Palomo y B. Marugán (eds.), *Amor, Razón y Violencia*, Madrid: La Catarata.
- Miranda López, M<sup>a</sup> Jesús (2009): «La retórica de la violencia de género. Etnometodología de un tipo delictivo», en M<sup>a</sup> J. Miranda, M.T. Martín-Palomo y B. Marugán (eds.), *Amor, Razón y Violencia*, Madrid: La Catarata.
- Osborne, Raquel (2008): «De la “violencia” (de género) a las “cifras de la violencia”: una cuestión política», *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 15: 99-124.
- Subirats, Marina y Manuel Castells (2007): *Mujeres y hombres: ¿un amor imposible?*, Madrid: Alianza Editorial.
- Wright Mills, Charles (1987): *La imaginación sociológica*, México: Fondo de Cultura Económica.

### *La cruzada antitabaco vista por los infieles*

**Susana Rodríguez Díaz**

(Málaga, Sepha, 2011)

«No esperamos siquiera que nos lo pidan y nos adelantamos al deseo de las gentes: así de cierto es que el tabaco inspira sentimientos de honor y de virtud a cuantos lo toman» (p. 49). Así reza un fragmento del *Don Juan* de Molière, obra teatral estrenada en 1665, según nos informa la autora del libro reseñado, y en la que se «alaba el tabaco y sus cualidades, no solo medicinales y estimulantes, sino también morales» (p. 48).

¿Una alabanza del tabaco?... Más aún, ¿una en la que se incluye la «virtud», la rectitud moral que su uso conlleva? Pues, por mucho que al lector contemporáneo le resulte difícil de asimilar, sí: hubo un tiempo, unos tiempos en el/los que el tabaco era positivamente valorado, digno de elogio y propiciatorio de efectos «deseables».

Este texto nos pone en guardia, al hilo de un relato sobre el tabaco y sus usos y significados sociales, de ciertos peligros que nos acechan a fecha actual. Peligros de expropiación de la propia voluntad, de la capacidad de decisión y de la posibilidad de generar un sentido propiamente autónomo de nuestra vida diaria. Este texto nos habla de una «colonización» sistemática de nuestra existencia. Una colonización articulada de manera práctica a través de las imposiciones jurídicas del (agonizante) Estado-nación moderno y fundamentada discursivamente en los efectos de verdad de la ciencia; en este caso, de la ciencia médica y de sus veredictos, performativos, en torno a su ficción universalista de salud.

Procedamos por etapas. El lector se encontrará con un texto que sondea, en una primera parte, la historia social del tabaco, desde su aparición en el mundo occidental, con la colonización del continente americano, hasta la más reciente actualidad. En esta dimensión, diríamos, genealógica, la autora deja más que meridianamente claro que los usos y significados en torno al tabaco y su consumo, usos y significados sociales, han variado, y mucho, a lo largo de ese

periplo plurisecular. En una segunda parte, y una vez evidenciada la que podríamos catalogar como construcción social, cultural y política del «objeto» tabaco y sus usos, la autora indaga sobre las homologías entre la vigente condición atribuida al tabaco y su consumo en las sociedades occidentales y la condición (significativa y práctica) que tuvieron las cruzadas, también occidentales, contra los infieles, es decir, los no-cristianos. En definitiva, el texto nos introduce genealógicamente en un tema, el del tabaco, que va a ser categorizado como «herético»; pero no para zanjar disputa alguna, sino para servir de apertura a un debate pleno de complejidades.

Se ha de advertir al lector, a su vez, que este texto surge de una tesis doctoral y, con la pretensión de hacerlo accesible a un público lo más amplio posible, ha sido aligerado de todo su aparato teórico-metodológico; si bien dicha parte de fundamentación no figura expresa en el libro, hay que tener en cuenta que el texto se ampara y avala en una profunda, meticulosa y pertinaz labor de investigación sociológica.

El texto integra, como decimos, una dimensión de análisis histórico en la que se nos muestra la variabilidad a la que ha estado sometido el objeto/práctica tabaco. Desde el siglo XVI hasta mediados del XX ha sido materia de disputa en diversos frentes (y no solo el de la salud según dictamen normativo de la ciencia médica): virtudes terapéuticas *versus* perjuicios orgánicos, herramienta maléfica de espíritus oscuros *versus* bondades expiatorias, apéndice gratificante de situaciones de placer y seducción *versus* ortopedia asociada al estrés y la inseguridad personal, etc. Lo que la historia social del tabaco revela es una ambivalencia, en su práctica y significado, que como tal fue desenvolviéndose, sin resolución efectiva en uno u otro sentido, a lo largo de más de cuatro siglos. La historia social del tabaco nos revela una evidente «apertura» del mismo en cuanto «objeto social» (lo que también quiere decir cultural, económico y político).

Pero además, en segundo lugar, y en una dimensión más propiamente sociológica, la autora nos informa de que a mediados del siglo xx esa ambivalencia constitutiva del discurrir histórico-social del tabaco sufre una inflexión/ruptura: uno de los dos frentes en disputa cobra vigencia plena y comienza a marcar las directrices hegemónicas, unidimensionales (no ambivalentes) en relación al tabaco, sus usos y su significado. El discurso de la ciencia médica sobre la salud comienza a imponerse de manera incontestable y la ya tardía modernidad logra monopolizar el objeto, hasta entonces, en discordia.

Aquel incomparable «hombre Marlboro», que cabalgaba en las planicies occidentales estadounidenses como emblema de la libertad que el fumar otorgaba, de su intrínseca solidaridad con la inconmensurable naturaleza de la que era dueño, dejó paso a una figura impersonal, construida por los discursos científico-políticos, del decrepito e inmoral fumador habitual, condenado a una muerte segura por su condición de tal.

La autora desmenuza con aguda maestría las diversas dimensiones que propiciaron esa transición: la del acto de fumar como imagen mediática de plenitud y éxito a la del mismo como máxima expresión de deterioro físico y moral.

¿Cómo es posible que en apenas década y media algo que formaba parte, perfectamente integrada y aproblemática, de la cultura que nos informa se haya convertido en uno de los principales objetos de intervención «quirúrgica» de los poderes públicos?

Para indicar algunas de las razones de este giro, la autora nos ilustra con una serie de categorizaciones dicotómicas que, si bien en la historia social precedente del tabaco configuraban su ambivalencia como fenómeno social, a partir de mediados del siglo xx, y más agudamente en el postrer último tercio del mismo, fueron reducidas a uno de los polos en

disputa.

En la reducción de esa ambigüedad el discurso de la ciencia médica ha sido el catalizador definitivo. Y tres operaciones se ven involucradas. Primera: la constitución de un universal de salud que remite a un óptimo de funcionalidad orgánica del cuerpo humano (fumar afecta negativamente a dicho óptimo). Segunda: la absolutización del acto de fumar con independencia de sus gradaciones, contextos y significados (fumar es fumar, sea uno o doscientos cigarrillos al día, sea periódica o puntualmente, sea como respuesta a una situación concreta o por supuesta necesidad orgánica, etc.). Tercera: la reducción del acto de fumar a su mera significación fisiológica.

Esto, literalmente, elimina la condición social del tabaco y de sus usos. Como «acto», el fumar implica mucho más que los meros efectos fisiológicos sobre la salud. En todo caso, el aparato científico de la ciencia médica ha sido prolijo en ofrecer «evidencias» de esa unidimensionalidad que ha acabado imponiéndose. Y los discursos políticos han utilizado esas evidencias, y el aval del discurso que las produce, para monopolizar lo que el tabaco es y lo que su uso significa.

Sin embargo, la autora nos revela ciertas fisuras en esa empresa. La «cientificidad» que dictamina los perniciosos efectos del consumo de tabaco no deja de ser «endeble»:

Uno de los descubrimientos de esta autora [Judith Hatton] acerca de la manera de obtener datos en torno a las muertes vinculadas al tabaco en Estados Unidos es que utilizan programas informáticos que, mediante intrincadas fórmulas matemáticas, determinan cuánta gente puede fumar y morir de qué enfermedades [...] esto es, que no se estudia a personas reales, ni se habla con ningún médico, ni se tienen en cuenta factores ambientales ni de otro tipo. Lo humano ha desaparecido (pp. 208-209).

El cáncer de pulmón es una consecuencia, casi, necesaria del acto habitual de fumar; este es un principio «universal» que nos indica el discurso científico de la medicina. Sin embargo, nos enteramos de que:

Los japoneses, por su parte, fuman mucho pero gozan de una gran longevidad y de una baja tasa de muerte por cáncer de pulmón (p. 209).

Desmedicalizando y contextualizando los efectos del consumo de tabaco se comprueba que esas evidencias indican que el gas radón, particularmente en Estados Unidos y en ciertas zonas, el tipo de trabajo o la condición étnica (pese a que solo fuman el 2 por ciento de las mujeres chinas, estas —con independencia de que fumen o no— tienen uno de los índices de cáncer de pulmón más altos del mundo) son factores mucho más significativos para provocar cáncer de pulmón.

Retomando lo que se indicaba al inicio, este texto nos ilustra de una expropiación; aquella que indica que ya no nos dejan decidir qué es «fumar»; no podemos decidir que sea un acto de recreación placentera, ni un recurso para canalizar la ansiedad ante una actividad inminente, ni la celebración de un hecho gratificante, ni... solo es algo que «perjudica seriamente la salud», que es lo que la ciencia médica ha impuesto como norma, al margen de toda una cultura que ha ido constituyendo, a lo largo de siglos, una compleja trama de prácticas y significados en torno al tabaco, sus usos, su significado y sus efectos.

Quien lea este texto, quizá recupere parte de esa autonomía (y con independencia de su condición, activa o no, respecto al tabaco).

*Miguel A. V. FERREIRA*